

ARCIPRESTE DE HITA

Por el apacible camino de Berceo y Alfonso el Sabio-camino que ya empieza a definir sus orillas-llegamos a Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Sentado en uno de los bordes está el clérigo jocundo, esperando que la primavera madure y el amor aparezca entre las viñas, con los ojos levantados al azul y los pies bien hincados en los terrones. Así lo hubiera pintado un pincel primitivo, de haber topado con él por las parameras de Castilla.

Devana sus comienzos el siglo XIV, y la edad media se va alejando cada vez más de la selva caballeresca, heroica y cristiana, para entrar por gustosas almedas donde las antenas de los sentidos se afinan y despiertan y donde la vida empieza a ahondar sus contrastes, haciéndose más compleja e irresistible. A horcajadas sobre el puente de ambos periodos, cabalgando esta crisis de valores que diríamos hoy, el Arcipreste enciende una vela a Dios y otra al diablo. Al diablo que lleva en el cuerpo, no al otro, al de la teología, que Juan Ruiz-seamos justos-maldice y execra. Lo que aquí se ventila, en resumidas cuentas, como corresponde a este recodo medieval, es la lucha del alma con el cuerpo, esa enconada pugna de contrarios según el pensamiento religioso, brotada en la cuna misma donde la carne empieza a gemir. Todo el "Libro de Buen Amor", única herencia que el Arcipreste nos legara, es un centón de paradojas que anuncian ya al hombre moderno. De ahí uno de sus méritos más cabales. Junto a la renunciación cristiana está abierto, casi desenfrenado, el apetito vital. Orilla del discurso y aún del ejemplo moralizador está la libérrima real gana española, o sea, el desajuste con la moral al uso. De los labios que elevan la oración mariana, el rimado loor a la Virgen, tan característicos de este momento, se escapa a un tiempo el piropo sensual a la mujer de carne y hueso. Y, por contera, la sombra de la muerte, la muerte como rasero implacable de todos los afanes humanos, de todas las soberbias y grandezas, lúgubre canción precursora del tema que en la siguiente centuria habrá de convertirse en elegiaco ritornelo de los mejores músicos del verbo.

